

# La historia y el retorno del bien común

**Domènec Ruiz Devesa**  
Diputado al Parlamento Europeo  
Vicepresidente de la Unión de  
Federalistas Europeos

**La pandemia** de la Covid-19 supone un parteaguas en la historia, inaugurando un cambio de época. Desde el punto de vista de la salud pública, ha puesto bajo enorme presión los sistemas sanitarios, al contagiarse más rápidamente que la gripe y tener efectos más severos, sobre todo en personas mayores y pacientes con patologías previas. La rápida extensión del virus a partir del invierno de 2020 y la saturación de las unidades de cuidados intensivos obligó a cancelar gran parte de la actividad económica y social hasta el verano en prácticamente todos los países, e incluso al confinamiento domiciliario. La segunda y tercera ola, de otoño y finales de año, han llevado a nuevas restricciones de distinto tipo. Entretanto, los gobiernos tratan de compensar las pérdidas empresariales y de empleo con ayudas directas a las empresas y expedientes temporales de regulación de empleo, expandiendo el gasto y la deuda, mientras el Banco Central Europeo (BCE) mantiene su programa de compra de bonos soberanos en apoyo de los Estados. La Unión Europea ha acordado por primera vez en la historia una emisión de deuda federal destinada parcialmente a transferencias no reembolsables para financiar la recuperación económica, además de establecer una central de compras para adquirir vacunas en favor de los 27 Estados miembros. Todo lo cual supone de uno u otro modo suspender las reglas del Pacto de Estabilidad y Crecimiento, cuyo paradigma, centrado en el control de la inflación y el gasto público, queda seriamente cuestionado. De paso, la respuesta europea a la crisis económica de 2020 es, en sí misma, una enmienda a la totalidad a la que se dio con la crisis del euro de 2010, basada en el ajuste fiscal a ultranza y la moderación salarial. En los Estados Unidos de América, el presidente Biden ha propuesto un estímulo fiscal mayor que el aplicado por Obama en 2009 frente a la crisis financiera.

Los efectos se extienden también a la salud mental derivados de la incertidumbre económica o pérdida de

recursos, merma de relaciones sociales—incluyendo las afectivas para los que no viven en pareja y la supresión de las muestras de cariño—, exceso de teletrabajo o falta de ocio y cultura. En algunos países, la bronca política permanente en una situación de emergencia contribuye a la desazón, junto con la sensación de que el reto no acaba de superarse. La esperanza por la llegada de las vacunas se redimensiona por las dificultades en la producción y distribución de las mismas, así como por la aparición de las mutaciones que pudieran requerir una actualización constante.

¿Se quedará este virus para siempre con nosotros, convirtiéndose en uno de carácter estacional? En tal caso, ¿habrá que repetir cada año el ejercicio de vacunación para el conjunto de la población, con lo que ello supone desde el punto de vista logístico y financiero? Solo el tiempo lo dirá, pero en efecto el coronavirus podría convertirse en uno más de los retos no resueltos de la humanidad, al que es necesario adaptarse y gestionar si no fuera posible la erradicación a medio plazo de la enfermedad.

*La Unión Europea ha acordado por primera vez en la historia una emisión de deuda federal destinada parcialmente a transferencias no reembolsables para financiar la recuperación económica tras la pandemia, además de establecer una central de compras para adquirir vacunas en favor de los 27 Estados miembros.*

En este sentido, la pandemia supone también la quiebra de un paradigma histórico, casi psicológico, según el cual la humanidad avanza eliminando desafíos y enfrentando otros nuevos, en el camino elevando niveles de vida y bienestar, así como su capacidad tecnológica. Se puede decir que este arquetipo del progreso lineal ha funcionado durante buena parte del

siglo XX. La derrota del nazismo en 1945, la creación de las Naciones Unidas y de las Comunidades Europeas, y el final de la Guerra Fría y la caída del comunismo a partir de 1989 constituyeron ejemplos de amenazas superadas por la democracia liberal y la economía de mercado de tipo capitalista, horizonte de un orden internacional orientado al multilateralismo. Fukuyama sintetizó brillantemente esta impresión con su famoso artículo sobre el fin de la historia.

En todo caso, en estos fenómenos hay un antes y un después, claro. Los retos relativos a ganar una guerra mundial o derrotar al imperio soviético parecían responder a una variable discreta, binaria, victoria-derrota. Si acaso, los procesos que perduraban en el tiempo no eran las amenazas, sino aquellos de carácter benigno, fuera la reconstrucción de posguerra, la integración europea, con su ampliación al Este post-soviético, o supuestamente, la globalización financiera y productiva que permitía sacar a millones de personas de la pobreza absoluta en Asia y ofrecer a los occidentales productos baratos. Este enfoque de psicología colectiva positiva, confiado en el futuro, predominó en Occidente sobre todo en los años 90.

Sin embargo, con el cambio de siglo llega un cierto contragolpe, y desde entonces nuestras sociedades se vienen enfrentando a nuevos retos que se acumulan a los anteriores, y que adquieren carácter de permanencia, lo que genera frustración y malestar colectivos. Los dramáticos y chocantes atentados del 11 de septiembre de 2001 confirmaron la seria amenaza del terrorismo islamista global, de la que hasta entonces no se había tomado conciencia y que casi veinte años después sigue sin erradicarse. Entretanto, Afganistán sigue sometido al chantaje talibán e Irak a la influencia iraní. Oriente Medio y el Magreb, desde Libia a Siria, pasando por Líbano y Palestina, están en una situación mucho peor que hace dos décadas. La globalización, con la conversión de China en la "fábrica del mundo" en ese mismo período, ha llevado a la desindustrialización de importantes centros productivos en Europa y Norteamérica, así como a la robotización y la digitalización, lo que ha generado desempleo, desigualdad y, en última instancia, nacional-populismos al estilo de Le Pen, Salvini y Trump. Estas tendencias de fondo se agravaron por la crisis financiera iniciada en el verano de 2007 en Estados Unidos, una fase cuyas consecuencias sociales no habían sido superadas cuando surge la pandemia del coronavirus.

El cambio climático es otro de los desafíos, si bien anterior al cambio de siglo, cuya toma de conciencia corresponde también *grosso modo* a los últimos dos decenios (el protocolo de Kioto es de 1997), y que a pesar del acuerdo de París y el objetivo europeo de neutralidad climática está lejos de ser superado, siendo el 2020 el año más cálido registrado, al igual que el conjunto de la década 2010-2020. Entretanto, persisten los ataques al medio ambiente, la deforestación, la desertización y la pérdida de biodiversidad, fenómenos todos ellos que favorecen la transmisión de enfermedades de animales a humanos, como el coronavirus.

*La pandemia nos ofrece paradójicamente una gran oportunidad de volver a colocar a las personas y el bien común en el centro de nuestras decisiones.*

En cuanto a las dinámicas positivas que considerábamos ineluctables, como la integración europea o la democratización, se han visto desmentidos con el Brexit, o la regresión autoritaria en países como Hungría, Polonia, Rusia o Turquía.

Todo ello cuestiona el ideal de un progreso indefinido y, sobre todo, la impresión de que el futuro será mejor. Así, en la psicología colectiva encuentra acomodo el miedo y el fatalismo, que puede conducir bien a la desesperanza, bien a la reacción nihilista, en forma de xenofobia, racismo y rechazo de las instituciones. Pero por las mismas razones, la involución no es inevitable. La pandemia nos ofrece paradójicamente una gran oportunidad de volver a colocar a las personas y el bien común en el centro de nuestras decisiones. La Covid-19 restablece la fragilidad del ser humano y reordena nuestras prioridades: la defensa de la salud pública, la protección del medio ambiente, el valor de las instituciones como proveedoras de decisiones y de bienes públicos, los Estados y la UE como prestamistas de última instancia, el mercado y las grandes empresas privadas (incluyendo las farmacéuticas) como fuentes de suministro de interés general, la cooperación internacional y, en definitiva, la conciencia de pertenecer a una misma humanidad que debe hacer frente colectivamente a los grandes retos transnacionales de nuestro tiempo, desde la desigualdad al cambio climático, pasando por las epidemias o la proliferación nuclear. Nunca ha habido, desde 1989, un mejor momento para el relanzamiento mundial de la agenda progresista. **TEMAS**